

Un reino hecho no con mano

(Daniel 2.31–44)

Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre (Daniel 2.44).

Como profeta de Dios que era, Daniel habló a Nabucodonosor acerca de una gigantesca «imagen» que el rey había visto en un sueño. La «gloria» de esta era «muy sublime», y su «aspecto era terrible» (Daniel 2.31). La cabeza de la imagen era de «oro fino», que representaba al reino de Nabucodonosor (Daniel 2.32, 38). El pecho y los brazos eran «de plata», que anunciaba «otro reino», que se levantaría después del de Nabucodonosor (Daniel 2.32, 39). El vientre y los muslos de la imagen eran «de bronce», que anunciaba un tercer reino que «[dominaría] sobre toda la tierra» (Daniel 2.32, 39). Las piernas eran de «hierro mezclado con barro cocido», que anunciaban un «cuarto reino», el cual sería «fuerte como hierro» (Daniel 2.33, 40, 43).

Luego, «del monte fue cortada una piedra, no con mano», y esta piedra «hirió» y «desmenuzó» a la imagen (Daniel 2.34, 45). «Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra» (Daniel 2.35). Así como la piedra desmenuzó a la imagen, un quinto reino — establecido por «el Dios del cielo» — desmenuzará a los cuatro reinos y permanecerá «para siempre» (Daniel 2.44).

Daniel estaba haciendo una descripción de historia en progreso. Isaías ya se había referido a Babilonia como «la ciudad codiciosa de oro» (Isaías 14.4). Daniel le dijo a Nabucodonosor: «tú eres aquella cabeza de oro» (Daniel 2.32, 38). Según los historiadores, las fechas del inicio y del fin del imperio de este son respectivamente el 606 a. C. y el 539 a. C.

El pecho y los brazos de la imagen (Daniel 2.32) anunciaban los adornos de plata que habrían de llevar puestos los soldados del Imperio Medo-persa (539–333 a. C.).

El vientre y los muslos de bronce (Daniel 2.32) anunciaban el Imperio Griego de Alejandro (333–

63 a. C.), cuyos soldados tenían armadura de bronce.

Las piernas eran de hierro, y los pies de «hierro mezclado con barro» (Daniel 2.43), los cuales anunciaban el Imperio Romano (63 a. C. al 475 d. C.). Los emperadores romanos usaban coronas hechas de hierro.

Lamentablemente, la *New Interpreter's Bible*¹ trata de eliminar a Roma como el cuarto reino de Daniel. Si el Imperio Medo-persa anunciara tanto el reino de plata como el de bronce, entonces no llegó a cumplirse la promesa de Dios en el sentido de establecer un reino indestructible durante los días del imperio de hierro (Daniel 2.44).

El error de la anterior interpretación puede observarse en tres verdades: 1) Está claro que los medos y los persas se cuentan como un solo reino, pues esto es lo que leemos: «En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia» (Daniel 8.20). 2) El cuarto reino es más fuerte que cualquiera de los tres reinos que le precedieron. Tiene la fuerza del hierro, la cual no tienen el oro, la plata y el bronce. Esto no era algo que podía decirse del reino de Alejandro, pero sí del Imperio Romano. 3) La consumación de los anteriores eventos había de tener lugar en los postreros días (Daniel 2.28; 10.14). Los autores neotestamentarios identificaron «los postreros días» con la era cristiana, la cual incluye el tiempo de los reyes romanos (Hechos 2.16–17; Hebreos 1.1).²

¹ Leander E. Keck, et al., *The New Interpreter's Bible (La nueva Biblia del intérprete)*, vol. 7, *Introduction to Apocalyptic Literature (Introducción a la literatura apocalíptica)* (Nashville: Abingdon Press, 1996), 55, 105.

² Glen Mayfield, «Daniel's Prophecy of the Kingdom» («Profecía de Daniel acerca del reino»), *Gospel Advocate* (noviembre 24, 1977): 739.

Después que Daniel describió cuatro reinos hechos con mano —esto es, con poderío militar físico— él pasó entonces a describir un quinto reino hecho «no con mano» (Daniel 2.44–45). Este llegaría a ser una realidad en los «postreros días» (Daniel 2.28). Si bien Roma, el reino de hierro, era la que en gran manera dominaba, Jesús edificó sobre la enseñanza de Daniel, al anunciar: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado» (Marcos 1.15a).

El establecimiento del reino sobre el cual Daniel había profetizado, estaba, de hecho, tan cercano, que Jesús dijo a algunos de los que estaban allí, que ellos vivirían para ver el reino de Dios «venido con poder» (Marcos 9.1). Ese poder vino el día de Pentecostés, que fue el domingo 28 de mayo del año 30 d. C, en la ciudad de Jerusalén (Hechos 1.8; 2.1–4).

Ese día, por primera vez, se dio el anuncio en el sentido de que Jesús había ascendido al cielo para sentarse en el trono de David (Hechos 2.30). El trono de David había llegado a ser espiritual, un reino hecho «no con mano», no con poderío militar. A diferencia del Imperio Romano, el reino de Jesús «no es de este mundo» (Juan 18.36).

A diferencia, incluso, del reino de David, el de Jesús es invisible, está «dentro» (*entos*, Lucas 17.21; FHV³) de sus ciudadanos. Fundamentalmente, no es en modo alguno externo, sino totalmente interno, es un reino de «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14.17).

Los que creen en Jesús, y se han arrepentido, son trasladados al reino del amado Hijo de Dios (Colosenses 1.13) en el momento mismo que son «sepultados con él en el bautismo» (Colosenses 2.12). La ciudadanía de ellos está en los cielos (Filipenses 3.20), pero en este mundo se les reconoce como la «familia de Dios» (1^{era} Timoteo 3.15; FHV), y se les llama «la iglesia del Dios viviente» (1^{era} Timoteo 3.15).

La iglesia es el cumplimiento del «propósito eterno» del «único y sabio Dios», la realización de «cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (Efesios 3.10–11; Romanos 16.27; 1^{era} Pedro 1.12). Es motivo de gloria para Él, y de gozo delante de los ángeles, cuando estos miran desde el cielo y ven a pecadores perdidos naciendo de nuevo y siendo salvos, que son añadidos al pueblo de los

llamados, esto es, la iglesia (Lucas 15.10; Efesios 3.21; Hechos 2.47).

Un distinguido historiador británico entendió que la era de hierro de Daniel se refería a Roma:

Las armas de la república, a veces derrotadas en batalla, siempre victoriosas en la guerra, avanzaron a rápidos pasos hasta el Éufrates, el Danubio, el Rin y el océano; y las imágenes de oro, o de plata, o de bronce, que podrían servir para representar a las naciones y a los reyes de estas, fueron sucesivamente quebradas por la monarquía de hierro de Roma.⁴

El efecto de la piedra de Daniel, que fue cortada del monte, se aprecia vívidamente en el resumen que hace Edward Gibbon, del cristianismo. Su relato es especialmente objetivo, ya que él en lo personal era escéptico:

Mientras aquella gran estructura [el Imperio Romano] era invadida por una franca violencia, y socavada por una gradual decadencia, una religión pura y humilde se insinuaba suavemente en las mentes de los hombres, crecía en el silencio y en la oscuridad, recibía nuevo vigor de la oposición, y al final levantó el estandarte triunfal de la cruz sobre las ruinas del Capitolio.

Y la influencia del cristianismo no se restringió al período ni a los límites del Imperio Romano. Después de una revolución de trece o catorce siglos, esa religión es profesada todavía por las naciones de Europa, la porción más distinguida de la humanidad en cuanto a las artes, el saber y las armas. Por la laboriosidad y la diligencia de los europeos se ha difundido ampliamente hasta las más lejanas costas de Asia y de África; y por medio de sus colonias se ha establecido sólidamente desde Canadá hasta [Chile] en un mundo desconocido para los antiguos...

Es natural que se nos despierte la curiosidad para indagar por cuáles medios obtuvo la fe cristiana tan extraordinaria victoria sobre las religiones establecidas de la tierra.⁵

Gibbon enumeró cinco razones por las que triunfó el cristianismo: 1) el celo, 2) la doctrina de la inmortalidad, 3) los presuntos milagros, 4) la moralidad austera, y 5) la organización de la iglesia.

Flavio Josefo (37–95 d. C.), el famoso historiador judío, también fue lector del libro de Daniel:

⁴ Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (La decadencia y la caída del Imperio Romano), IV, 104; citado en H. N. Sargent, *The Marvels of Bible Prophecy* (Las maravillas de la profecía bíblica) (London: Covenant Publishing Co., 1938), 123.

⁵ Edward Gibbon, *The Triumph of Christendom in the Roman Empire* (El triunfo del cristianismo en el Imperio Romano), ed. J. B. Bury (New York: Harper & Brothers, 1958), 1–2.

³ La FHV, llamada a veces la Freed-Hardeman Version, es la *McCord's New Testament Translation of the Everlasting Gospel* (Traducción del Nuevo Testamento de McCord del evangelio eterno) (Henderson, Tenn.: Freed-Hardeman College, 1988).

Daniel también declaró el significado de la piedra al rey; pero no creo conveniente relatarlo, ya que solo me he propuesto describir cosas pasadas o presentes, y no las del futuro; sin embargo, si alguien está muy deseoso de conocer la verdad, al punto de no renunciar a tales puntos de curiosidad, y no puede refrenar su inclinación por el entendimiento de las incertidumbres del futuro, y el que estas vayan a ocurrir o no, que sea diligente en la lectura del libro de Daniel, el cual encontrará entre los escritos sagrados.⁶

Isaías (2.2) y Miqueas (4.1) precedieron a Daniel al escribir que «el monte de la casa de Jehová» llegaría a ser una realidad en los «días postreros». El anuncio de ellos coincidió con el anuncio hecho por Daniel en el sentido de que «del monte fue cortada una piedra, no con mano», la cual llegaría a ser un gran monte que llenaría «toda la tierra», y que esto ocurriría en los «días postreros» (Daniel 2.28, 35, 45).

La frase «los días postreros» se ha convertido en una descripción del tiempo que ha durado el cristianismo. Pedro citó a Joel cuando dijo que lo sucedido el día de Pentecostés (cuando el reino, la iglesia, fue establecido) fue en «los postreros días» (Hechos 2.17). Más adelante, Pedro escribió que lo que Jesús hizo sobre esta tierra, lo hizo «en los postreros tiempos» (1^{era} Pedro 1.20).

También, el autor inspirado del libro de Hebreos escribió que «en estos postreros días» Dios nos habla por Su «Hijo» (1.2). Si quiso dar a entender los últimos días del judaísmo, hasta el 70 d. C., entonces uno tendría que preguntarse cómo pueden transcurrir 1.900 años *después* de «los postreros tiempos».

Además, la frase «la consumación de los siglos» de Hebreos 9.26, no puede significar nada salvo que el cristianismo es la última religión que habrá. De un modo parecido, la frase «los fines de los siglos» de 1^{era} Corintios 10.11, se refiere a un tiempo que ya había llegado a Corinto en el 57 d. C. Tales frases, por lo tanto, anuncian la totalidad del período del cristianismo.

El hecho de que Jesús estará con Sus apóstoles «hasta el fin del mundo» (Mateo 28.20) nos dice que la frase «los días postreros» describe todo el tiempo desde el «principio» del cristianismo hasta que el mundo sea «quemado» (Hechos 11.15;

2^a Pedro 3.10–11).

El quinto reino del cual habla Daniel, es único. 1) Fue hecho sin mano; 2) fue establecido y es mantenido sin poderío militar; y 3) es invisible. Además, 4) es indestructible. Ni siquiera «las puertas del Hades» podrán prevalecer contra él (Mateo 16.18). En verdad, los cristianos han recibido un reino «inconmovible» (Hebreos 12.28). Está establecido «en juicio y en justicia desde ahora y para siempre» (Isaías 9.7). Dios ha determinado que «permanecerá para siempre» (Daniel 2.44).

Hugo McCord

“¿Qué debo hacer para ser salvo?”

La pregunta «¿Qué debo hacer para ser salvo?» fue planteada, de hecho, por los judíos el día de Pentecostés. El sermón de Pedro compungió los corazones de ellos, y los llevó a plantear la pregunta. Esto fue lo que Pedro les respondió: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados...» (Hechos 2.38). De conformidad con la respuesta, el bautismo es tan esencial como el arrepentimiento.

Saulo, llamado después Pablo, preguntó: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9.6a). Ananías respondió la pregunta en Hechos 22.16, diciendo: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre». Así vemos que el bautismo es un paso que debe dar el creyente arrepentido para llegar al lavamiento de sus pecados.

La pregunta fue planteada más adelante por el carcelero de Filipos: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» (Hechos 16.30). La respuesta que dieron Pablo y Silas a este incrédulo fue esta: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa»; pero el relato no termina allí. Le predicaron para que creyera (vea Romanos 10.17). El carcelero después «les lavó las heridas [se arrepintió]; y en seguida se bautizó él con todos los suyos» (Hechos 16.33).

A estos hombres se les dieron diferentes respuestas a la misma pregunta, porque se encontraban en diferentes puntos del camino hacia la salvación. Sin embargo, todos dieron los mismos pasos. ¿Qué pasos sobre ese camino ha dado usted? ¿Se da cuenta de lo que necesita hacer? ¿Lo hará?

Adaptado de *The Greatest Question of the Ages*

La pregunta más grande de todas las eras

Leroy Brownlow

⁶Josefo *Antiquities (Antigüedades)* 10.10.4.